

Alocución radial del Arzobispo de Corrientes  
Mons. DOMINGO S. CASTAGNA  
QUINTO DOMINGO durante el año.  
10 de febrero de 2002.  
Mateo 5, 13-16.

**E**vangelio y referencia a la Verdad. No ser lo que *se debe ser* concluye, necesariamente, en la falta de identidad y en la inutilidad. Las enseñanzas evangélicas poseen una sabiduría universal, capaz de desbordar los términos religiosos. Adherirse a Jesucristo, como a la Verdad: “*Yo soy la Verdad*”, convierte a sus discípulos en fieles servidores de toda verdad, atareados en ordenarlo todo *según Dios*. Uno de los males que dificulta la acción evangelizadora de la Iglesia en el mundo es el cerco asfixiante que se le pretende imponer. Algunos elementos activos de la cultura contemporánea se empeñan en aislar al Evangelio de la vida corriente. Se lo reduce a silencio, como si nada tuviera que ofrecer a la realidad conflictiva; de esa manera, se niega a los hombres el único mensaje que les sirve de remedio. El mundo, necesitado de referencias humildes a la Verdad trascendente, se esfuerza en vano si rechaza su inspiración. Podemos remitirnos a las pruebas producidas a diario. Nos dedicamos a ensayar proyectos nuevos, de aparente progreso con respecto a los anteriores, que resultan insuficientes y terminan en fracaso. La falla no parece estar en la formulación técnica de esos proyectos. Siguen dependiendo de la honestidad e inteligencia de sus creadores. Es preciso que los mismos acepten la Verdad, infatigablemente buscada:

“*Ustedes son la sal de la tierra*”. “*Ustedes son la luz del mundo*”.<sup>1</sup>

## 2.- *Iglesia y clima de fidelidad.*

Quienes se encuentran con Cristo, y deciden vivir conforme a sus términos, son la sal de la tierra y la luz del mundo. También quienes, sin haber hecho la experiencia de un encuentro explícito con el Salvador, también lo buscan, entre las verdades que procuran formular con honestidad. ¡Qué base para un diálogo amplio! La misión de la Iglesia, en la concertación recientemente convocada, es crear un ámbito espiritual adecuado para que las personas y diversos sectores se reconozcan partícipes de una común vocación a la verdad. Es preciso reconocer que en la respuesta, que a todos compromete, está la posibilidad de lograr la unidad mediante el esfuerzo generoso, hasta heroico, por servir al bien común. En ese arte de aunar voluntades, detrás de objetivos comunes, deben ser retomados los principios fundamentales, que despierten convicciones, para el sustento de la acción. La responsabilidad de la Iglesia es ser testigo insobornable de esos principios y animadora de un clima de fidelidad a los mismos.

## 3.- *Hacia una cultura del trabajo.*

¿Será posible en medio de una crisis general tan grave? Lo es. La esperanza firme puesta en Dios, y en la buena voluntad de protagonistas honestos, debe replicar al desánimo y a las numerosas tentaciones promovidas por el pesimismo y la violencia. Las lecciones del Evangelio se refieren a las virtudes que capacitan para destrabar los conflictos y para

---

<sup>1</sup> Mateo 5, 13 y 14.

fortalecer el espíritu con el fin de enfrentar las contrariedades y emprender un trabajo constante, paciente y abnegado. Con el ejemplo de sus dirigentes los ciudadanos pueden cultivar la *cultura del trabajo*, de la que los argentinos estamos, desde hace mucho tiempo, muy alejados. Los Obispos, en las breves y puntuales advertencias de los últimos tiempos, han reiterado la necesidad de una verdadera “*cultura del trabajo*” contra la pasividad irresponsable que toleró sistemas de especulación y el consecuente agotamiento de sus genuinas fuentes de trabajo.

4.- *Espíritu patriótico*: Es el momento de revertir esa trágica situación. El voltaje explosivo de la crisis pone a toda la sociedad en posición pareja de peligro. Hay que evitar el caos y alejarse definitivamente de las causas que han puesto a todo el pueblo argentino al borde del abismo. Ya no queda tiempo para ensayos y contrapuntos estériles; ¡todos a la obra de frenar la caída y de contribuir a una conducción serena, osada y posible! Superada la coyuntura afligente vendrá el tiempo de las confrontaciones democráticas normales. Mientras tanto hay que apuntalar la casa y salvar a sus habitantes. Para ello, debe prevalecer el bien de todos, la estructura de la casa, aunque cada uno deba sacrificar algo de lo suyo. Cuando se habla del “*espíritu patriótico*” se piensa en los héroes de la independencia y de su consolidación. Estamos, ciertamente, en circunstancias similares o agravadas. Se requiere el mismo espíritu patriótico que alentó a los recordados próceres. No es un *grupo de patriotas* el ungido hoy para la obra de la reconstrucción nacional sino un “*pueblo de patriotas*”. Nadie puede excluirse de la

tarea exigente o considerarse un apoltronado espectador de lo que ocurra.

5.- *La obra de reconstruir*. El mandato de Jesús a sus discípulos no acaba en ellos sino en todos los hombres llamados, sin excepción, a ser sus discípulos. Mientras exista alguien que no tenga la oportunidad de conocerlo, la evangelización no debe ser considerada concluida. ¡Cuántos aún no lo conocen! Aún quienes se precian conocerlo manifiestan una ignorancia casi escandalosa de su persona y de su enseñanza. Ponerse a la obra de reconstruir lo que la desidia e irresponsabilidad han convertido en ruinas es ser *luz y sal*, vida nueva y futuro cierto de perfección. Es un desafío que no excluye a nadie de sus exigencias; que no soporta la ausencia de ningún aporte, por más insignificante que parezca.